



Orbis Tertius, vol. XXX, núm. 41, e333, mayo - octubre 2025. ISSN 1851-7811
 Universidad Nacional de La Plata
 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
 IdIHCS (UNLP-CONICET)
 Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

Antonio Castronuovo, *Diccionario del bibliómano*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Edhasa, 2024, 419 páginas

Marcela Coria
 Universidad Nacional de Rosario, Argentina
 coriamarcela@hotmail.com

Cita sugerida: Coria, M. (2025). [Revisión del libro *Diccionario del bibliómano* por A. Castronuovo]. *Orbis Tertius*, 30(41), e333. <https://doi.org/10.24215/18517811e333>

En este delicioso *Diccionario del bibliómano*, publicado por primera vez en italiano en 2021, Antonio Castronuovo, destacado ensayista y traductor nacido en 1954, reúne una amplia y variada gama de patologías librescas, descritas con una sutil ironía, un indiscutible sentido del humor y una inquietante frontera imposible de trazar entre realidad y ficción. Así, este libro nos propone un exquisito recorrido, de la A a la Z, desde la forma aparentemente más inocente (aunque también patológica) del amor por los libros, la bibliofilia, hasta algunas de sus expresiones más malsanas y excesivas, como la bibliomanía y la bibliofagia, entre muchas otras.

En efecto, si bien se lee como un ensayo, el libro está organizado como un diccionario, precedido por una “Premisa” en la que el autor expone su propósito: “Este libro narra una nutrida serie de hechos inherentes al amor por los libros, y todos comprueban que se trata de un mundo lleno de obsesiones, frenesíes, caprichos e irrazonables rarezas” (p. 15). Estos hechos abarcan jocosas anécdotas literarias, extravagantes historias reales, entretenidos episodios de la historia de la literatura y apasionantes curiosidades que dan cuenta de numerosos morbos vinculados con “esa cosa, amada y detestada, que se llama *libro*” (p. 16), epicentro generador, irradiador y potenciador de un sinfín de locuras, algunas antiguas y otras más modernas, que, como nos advierte Castronuovo, no pueden ser abarcadas en un solo volumen (aunque este presenta, ciertamente, muchísimas). En una de sus frecuentes y encantadoras ironías, el autor plantea que esta obra constituye un posible punto de partida para la fundación de “la figura académica del bibliopatólogo, aquel que estudia los varios síndromes correlacionados con la fruición del libro” (p. 16).



Dado que la naturaleza del *Diccionario* torna casi irrisorio el afán de escribir lo que estrictamente conocemos como “reseña bibliográfica”, me limitaré a señalar algunos de los picos más altos de este recorrido por las patologías librescas. Uno de ellos, y en donde se demuestran en todo su esplendor la maestría y la frondosa imaginación e inventiva de Castronuovo, es, naturalmente, la enorme cantidad de este tipo de morbos, nombrados en general con términos compuestos por raíces griegas fácilmente reconocibles: a las ya mencionadas bibliofilia, bibliomanía (frenesí enfermizo por comprar y acumular libros) y bibliofagia, se suman la bibliolatría, la biblioclastia (la “culinaria” y la “poética” son algunas de sus subclases), la bibliofobia, la bibliocontemptio (vinculada con la anterior, teniendo en cuenta que “en el mundo monacal occidental la *contemptio* era el desdén, incluso el desprecio por el mundo temporal opuesto a aquel espiritual”, p. 340), la bibliocleptomanía (que tiene variantes: la biblioprestocleptomanía, “forma especial de cleptomanía científica” que consiste en la “costumbre de guardarse los libros recibidos en préstamo entre los propios”, p. 145, y la intrabibliocleptomanía, “robo de libros que se realiza en el interior de los libros”, p. 344, como el del protagonista de *La historia sin fin* de Michael Ende, que en el libro roba un libro a un anticuario), la pedantería morbosa del bibliofabulator gloriosus (o, simplemente, “bibliorrompehuevos”, aquel mitómano que se vanagloria de poseer raras y costosas ediciones), la bibliorrea (“enfermedad que sufren aquellos escritores que para expresar un simple pensamiento usan al menos tres páginas”, p. 48), la bibliotafia (costumbre enfermiza de sepultar libros en bibliotecas privadas, morbo que posee una perturbadora deriva: la necrobiblioforía, es decir, “la voluntad de llevarse libros a la tumba” o “la de confiarlos, aún vivientes, a un difunto”, p. 51), la biblioindiferencia (o apatía hacia los libros, que constituye el “grado cero de esta familia patológica”, p. 27), la biblioaforismia (“propensión a la lectura fragmentada”, p. 127), la bibliopepsia (lectura apresurada que no produce placer), la bibliorfandad (“inclinación compulsiva a abandonar un libro después de haber leído pocas páginas”, p. 127) y, la más reciente, la ebookmanía (“progresiva incapacidad de leer libros de papel en favor de aquellos electrónicos”, p. 127). Pero la lista de enfermedades propiciadas por ese objeto fascinante y peligroso que es el libro continúa: la bibliopotía (“acto patológico de beber libros”, p. 156, relacionada con la bibliofagia), la bibliodispepsia (indigestión causada por la bibliopotía o la bibliofagia), la bibliosmia (obsesión por oler los libros), la bibliomancia (“creer que una línea cualquiera de una página cualquiera de un libro cualquiera pueda vaticinar el futuro”, p. 158), la bibliopixidistia (forma de bibliofilia que consiste en encerrar los libros dentro de botellas), la bibliolocura (que afecta especialmente a mujeres, las cuales, a su vez, se dividen entre las bibliómanas románticas, las bibliómanas predadoras, las bibliómanas extremas, y las bibliómanas mansuetas), la bibliofilosofía (disciplina que consiste en utilizar los libros “con equilibrado discernimiento e iluminada clarividencia”, en entablar una “muda conversación espiritual” con los libros, p. 251), el síndrome del bibliófilo insatisfecho (aquel que sufre por “la privación de un libro fuertemente deseado”, comparable al complejo de castración, p. 356), el libridinoso (neologismo que refiere a “los casos de relación erótica” entre el bibliómano y su libro, p. 371), las repugnantes bibliocoproimia y la bibliopissia (“los actos de defecar y orinar sobre el libro apenas leído, o que se ha intentado leer”, p. 372), la bibliocopulia (la cópula con el libro, “forma bastante rara de frenesí sexual”, p. 372), la bibliopornia (similar a la anterior, “condición de quien encuentra pornográficos a los libros y por lo tanto los lee a escondidas”, p. 372) y, finalmente, los variados tipos de bibliomanía experimentados por diferentes sujetos: el “bibliómano virtuoso” (quien “lee en modo compulsivo y goza todos los libros que se procura”, p. 406), el “bibliómano exclusivo” (“aquel que corteja solo a un cierto género de libros”, p. 407), el “bibliómano voluble” (el que no puede mantener por mucho tiempo su propia colección de libros, se deshace de ella y comienza nuevamente a reunir otra), el “bibliómano envidioso” (quien “pierde la calma apenas viene a saber que un cierto libro es poseído por un rival”, p. 408), el “bibliómano vanidoso” (aquel que colecciona libros en hermosas bibliotecas solamente

para ostentarlos ante huéspedes y amigos) y el “bibliómano tesorizador” (quien acumula libros y, egoístamente, jamás los muestra a nadie).

En muchas de las entradas de este magnífico diccionario, además, hay referencias bibliográficas exquisitas, desde el *Philobiblon* de Richard de Bury, de 1344, hasta libros recientes, como, por ejemplo, *Bibliofilia curiosa* de Paolo Albani y *Bibliomania* de Giacomo Marcacci (ambos de 2018), pasando por algunos textos iluminadores de grandes bibliófilos como Alberto Manguel (*La biblioteca de noche*, citado en su traducción italiana de 2007) y Umberto Eco (*La memoria vegetal*, citado en su versión original en italiano, 2011). Estas referencias se muestran de gran utilidad para quien desee ampliar cuestiones mencionadas brevemente en el *Diccionario*, que se inscribe en una línea que incluye otros libros también deliciosos como, por ejemplo, *Enfermos del libro*, de Miguel Albero (2009).

Otro de los grandes aciertos de este libro son algunas entradas verdaderamente memorables, como por ejemplo, a mi juicio, “Anti biblioteca” (la biblioteca de libros no leídos), “Disidencia perenne” (la que existe, en cuanto a los libros, entre necesidad y posesión), “Doble ejemplar” (que trata de un error que cometemos los bibliópatas: comprar dos veces el mismo libro), “Dos lemas” (la célebre *Enciclopedia* dedica apartados a “bibliómano” y “bibliomanía” pero no a “bibliofilia”), “Leer sin leer” (extraño fenómeno que consiste en conocer el contenido de un libro que nunca hemos leído), “¿Leídos todos?” (pregunta habitual, e imposible de responder adecuadamente, del visitante que entra a la casa de un bibliófilo y ve su vasta biblioteca), “Posturas congruas” (sobre la posición horizontal para leer), “Realidad cumplida” (el bibliómano no comprende la realidad hasta que no lee un libro que hable de ella) y “Traficante terapeuta” (en referencia al librero anticuario).

Y, finalmente, también se destacan algunos pasajes notables en los que podemos reconocernos fácilmente los bibliófilos (¿o bibliómanos?, la frontera es difusa) que experimentamos un placer único en estos objetos fascinantes (aunque, como dije, igualmente peligrosos). Para no extenderme demasiado, citaré, algo arbitrariamente, solo siete que ponen en evidencia el refinado sentido de la ironía del autor: “Los verdaderos bibliófilos se dejan a menudo llevar por la afirmación de estar conyugados con su propia colección, están en suma casados con sus libros, no con una mujer o un marido” (p. 65); “el placer de andar entre los puestos está entre los más deliciosos de la vida, una felicidad hecha de ternura pensante, de dulce consolación, de encantadora suspensión del tiempo” (p. 77); “prestar libros es un acto de fatal imprudencia. Presagio de tristes consecuencias y agravado por la frustración de quien cometió la imprudencia de nutrir confianza, habría que evitarlo diligentemente” (p. 145), razón por la cual “el bibliófilo debe aprender pronto a ser solo y completamente egocéntrico”, (p. 321), sobre todo si no quiere perder amigos: “la cuestión del libro prestado está en el origen de muchas amistades estropeadas: el efecto común de prestar un libro es el de perder el libro y también al amigo” (p. 363); “la bibliofilia reside en un primer momento en un nivel casi inadvertido. Un tal se interroga dónde encontrar la felicidad e intuye al fin, tras años de una vaga sensación, que la siente en cualquier lugar en que haya libros” (p. 165); “el maníaco de los libros sufre de mal claro: sabe que está enfermo, pero continúa comprando lúcidamente, frenéticamente. [...] Se comienza a comprar libros que se piensa leer, cosa que después no se hará” (p. 243); “muchos son los órdenes elegidos para la propia colección de libros, todos posibles, todos espejo de la propia locura, desde el grado cero de la simple disposición hecha por casualidad al orden especializado de quien, con los libros, trabaja” (p. 275) y, finalmente, “con los libros se deviene otra cosa que aquello que se es en lo cotidiano, se inicia un diálogo que permite sumergirse en un mundo bien distinto, en la práctica se realiza la total transferencia a ellos” (p. 404).

“La vida sin libros es una bien miserable” (p. 272) nos dice Castronuovo. Estamos de acuerdo, por supuesto. Nos produce un espanto sobrecogedor y la sensación de un abismo inefable, inimaginable, pensar en una vida sin libros. Todos quienes profesamos un sincero e incondicional amor por ellos nos sentimos graciosamente identificados con una o más de las morbilidades descritas con ingenio y picardía en este libro de lectura obligada para los bibliófilos en sentido amplio. Y podemos fantasear con cuál o cuáles nos identificamos, entrando en la lógica del autor. Porque, parece insinuar este variopinto y estupendo catálogo de bibliopatologías, el amor por los libros, casi inevitablemente, con el tiempo, conduce a una enfermedad incurable, y, lo que es ¿peor?, ¡estamos orgullosos de ello!

Marcela Coria